

congregaciones y reuniones que tienen lugar en muchas parroquias, para fortalecer á la juventud en la fe y en la práctica de la Religión.

† A. R., *Obispo de Belley*.

Belley, 7 de Febrero de 1840.

Aprobación de monseñor el Obispo de Saint-Flour.

Nos FEDERICO GABRIEL MARÍA FRANCISCO DE MARGUERITE, por la gracia de Dios y la autoridad de la Santa Sede Apostólica Obispo de Saint-Flour:

Después de haber mandado examinar la obra del abate Gaume, canónigo de Nevers, titulada *CATECISMO DE PERSEVERANCIA*, nos hemos apresurado á recomendar su lectura á los eclesiásticos y á los fieles de nuestra diócesis. Nos mismo hemos leído con el mayor interés los cinco primeros tomos; y felicitamos al abate Gaume por haber concebido la idea de una obra que bajo el modesto título de *Catecismo* contiene una admirable historia de la Religión, con la exposición de sus pruebas, de sus misterios, de su moral y de los inmensos beneficios que los hombres y las sociedades han recibido de ella en esta vida, mientras esperan el premio de la justicia eterna. Imposible es leer esa serie de lecciones tan instructivas como afectuosas sobre la creación del mundo y del hombre; sobre nuestra rehabilitación en Jesucristo; sobre el carácter de la moral evangélica y su benéfica influencia en la felicidad y en la gloria, así de las naciones como de los individuos; sobre la historia de los combates y victorias de la Iglesia; sobre la belleza de las fiestas católicas, tan poéticas y sociales, al mismo tiempo que consoladoras para el corazón cristiano que, agobiado por el peso del trabajo y del dolor, disfruta por medio de ellas anticipadamente las delicias del Paraíso; es imposible leer aquellas máximas sin admirar, amar y practicar en seguida una religión tan pródiga de consuelos y rica de esperanzas en la vida celestial. Por eso vemos con gusto que el *CATECISMO DE PERSEVERANCIA* se difunde en

nuestra diócesis, y hemos encargado á nuestro clero que recomiende su lectura á las familias cristianas, firmemente convencidos de que producirá frutos de salud y de paz.

Dado en Riom-ès-Montagnes, durante nuestra visita pastoral, á 30 de Mayo de 1841.

† FEDERICO, *Obispo de Saint-Flour*.

Aprobación de monseñor el Arzobispo de Reims.

TOMÁS MARÍA JOSÉ GOUSSET, Arzobispo de Reims, etc.:

Hemos examinado la obra titulada *CATECISMO DE PERSEVERANCIA*, ó *Exposición histórica, dogmática, moral y litúrgica de la Religión*, por el abate J. Gaume, canónigo de Nevers, y no hemos encontrado en ella cosa contraria á la doctrina de la Iglesia, antes bien nos ha parecido útil, tanto á los fieles como á los eclesiásticos encargados de explicar á los pueblos los dogmas de la Religión, la moral evangélica y las ceremonias del culto católico. Por tanto, deseamos que dicha obra se extienda por todas las parroquias de nuestra diócesis.

† TOMÁS, *Arzobispo de Reims*.

Reims, 4 de Noviembre de 1841.

Aprobación de monseñor el Arzobispo de Soissons y Laon

JULIO FRANCISCO DE SIMONY, por la misericordia de Dios y la gracia de la Santa Sede Apostólica Obispo de Soissons y Laon, Decano y primer Sufragáneo de la provincia de Reims:

El *CATECISMO DE PERSEVERANCIA* del abate J. Gaume es una obra ya conocida y apreciada. La aprobación que ha merecido de varios de nuestros venerables colegas, los elogios que de ella nos han hecho aquellos cooperadores

nuestros, á quienes hemos encomendado su examen, y, por último, el conocimiento que de ella hemos adquirido por Nos mismo, nos mueven á autorizarla y aun á recomendarla en nuestra diócesis como muy útil por el fondo de doctrina, el método y el interés que el autor ha sabido darle con la elegancia del estilo y la novedad de la exposición.

Dado en Soissons á 15 de Abril de 1842.

† JULIO FRANCISCO, *Obispo de Soissons y Laon.*

Aprobación de monseñor el Obispo de Agen.

JUAN AMADO DE LEVEZON DE VESINS, por la misericordia de Dios y por la gracia de la Santa Sede Apostólica Obispo de Agen:

Habiendo examinado la obra titulada CATECISMO DE PERSEVERANCIA, ó *Exposición*, etc., por el abate J. Gaume, canónigo de Nevers, reconocemos gustosos que la doctrina contenida en ese libro es conforme á la doctrina católica; que el método del autor es claro y propio para grabar en la memoria de los fieles la historia y las verdades de nuestra santa Religión.

Por tanto, aprobamos el mencionado libro para nuestra diócesis y recomendamos su lectura.

Dado en Agen, bajo nuestra firma y sello, y refrendado por el Secretario general de nuestro obispado.

† JUAN, *Obispo de Agen.*

Por su mandado,

DEYCHE, *Canónigo Secret. gen.*

Agen, 8 de Noviembre de 1842.

Aprobación de monseñor el Obispo de Nueva-Orleans.

Tenemos singular complacencia en añadir nuestra recomendación á la de tantos ilustres Prelados de Europa que han honrado con su aprobación el CATECISMO DE PERSEVERANCIA, del abate Gaume, canónigo de Nevers. El examen que nuestros cortos instantes de ocio nos han permitido hacer personalmente de dicha obra, y más que todo el favorable dictamen que de ella nos han dado varios eclesiásticos de nuestra diócesis, que se sirven de ella con el mayor fruto, nos inspiran el vehemente deseo de verla en manos no solamente del clero, sino de todas las familias cristianas de nuestra diócesis. El CATECISMO DE PERSEVERANCIA basta por sí solo para ilustrar á los simples fieles de nuestras provincias y para proporcionar á los sacerdotes, encargados de la cura de almas, instrucciones sólidas sobre la moral, sobre el dogma de la Religión y aun sobre la liturgia de la Iglesia.

† ANTONIO, *Obispo de Nueva-Orleans.*

Nueva-Orleans, 20 de Febrero de 1843.

Aprobación de monseñor el Obispo de Nevers.

Nos DOMINGO AGUSTÍN DUFETRE, por la gracia de Dios y la autoridad de la Santa Sede Apostólica Obispo de Nevers:

Creemos excusado encomiar el CATECISMO DE PERSEVERANCIA del abate Gaume, nuestro Vicario general, toda vez que esta obra, cuyas ediciones se han multiplicado con tanta rapidez, es generalmente considerada como uno de los mejores tratados de religión, y aun somos de parecer que es el más completo de todos.

Aunque la juzgamos destinada á producir los más óptimos frutos entre toda clase de fieles, la recomendamos particularmente á los jóvenes de ambos sexos, porque los buenos resultados que ha producido el CATECISMO DE

PERSEVERANCIA en nuestra ciudad episcopal, nos lo prometen iguales donde quiera que se haga uso de ellas.

Deseamos vivamente que esta obra, a la cual damos toda nuestra aprobación, se extienda más y más en nuestra diócesis y llegue á ser el libro de todas las familias. Exhortamos á nuestros amados cooperadores á propagar su lectura y á que la tomen ellos mismos por guía en las instrucciones que tanto conviene dar á los niños después de la primera comunión, para asegurar su perseverancia.

Dado en Nevers, bajo nuestra firma y sello, y refrendado por el Secretario de nuestro obispado, á 15 de Febrero de 1845.

† DOMINGO AGUSTIN, *Obispo de Nevers.*

Por su mandado,
DE LACROIX, *Canónigo, Secretario.*



DISCURSO PRELIMINAR

Hijos míos:

Si alguno os dijese: «Entre vuestros padres y vosotros no existe lazo alguno, ninguna relación; los autores de vuestra vida no os deben ni cuidados, ni socorros, ni consejos, ni medios de existencia; y vosotros no les debéis ni amor, ni reconocimiento, ni respeto, ni sumisión», ¿no es verdad que este lenguaje inaudito os escandalizaría y lo rechazaríais con horror? Tendríais razón; porque el hombre que osara permitírsele sería un loco ó un malvado.

Entre un padre y su hijo, entre una madre y su hija existen, pues, relaciones y lazos tan dulces como sagrados. Estos vínculos son naturales é inmutables, es decir, que no son de invención humana, y que no pueden cesar sino cuando vuestros padres dejen de serlo y vosotros sus hijos. ¡Sólo la muerte puede romper tan sagrados lazos!

Ahora, decidme: ¿no es verdad que Dios es nuestro Criador y nuestro Padre, y nosotros sus criaturas y sus hijos? Existen, pues, entre Dios y nosotros lazos y relaciones muchísimo más dulces y sagradas que las que unen á los padres y á los hijos; porque Dios es nuestro Criador y nuestro último fin, lo cual no son los autores de nuestros días. Estas relaciones

son igualmente necesarias ó naturales; quiere esto decir que, estando fundadas en la naturaleza de Dios y en la naturaleza del hombre, no han podido ser inventadas: son inmutables, esto es, no pueden cesar nunca, porque Dios jamás dejará de ser nuestro Criador y nuestro Padre, y nosotros sus criaturas y sus hijos.

Pero es preciso que sepáis que estas relaciones dulces, sagradas, naturales, necesarias é inmutables, constituyen la Religión; porque, según la bella definición de San Agustín, *la Religión es el lazo que une el hombre á Dios* (1). De esto deduciréis que el estudio de la Religión debe ser el primero de vuestros cuidados, y su práctica el más sagrado de vuestros deberes; á este precio alcanzaréis vuestra felicidad en este mundo y en el otro.

Para ayudaros, hijos míos, á conocer bien esta santa y sublime sociedad que os une á Dios, os ofrecemos el COMPENDIO DEL CATECISMO DE PERSEVERANCIA. Si queréis sacar de él verdadero provecho, ante todo aprended á conocer el orden y el plan del mismo: se divide en cuatro partes.

La primera comprende toda la historia de la Religión, desde el origen del mundo hasta la venida del Mesías. Para conocer la Religión en su enlace majestuoso es preciso, dice San Agustín, partir de estas palabras: *Al principio crió Dios el cielo y la tierra*, y llegar hasta los tiempos actuales de la Iglesia (2). En efecto, la Religión verdadera, que tenéis la dicha de profesar, se remonta sin interrupción basta la creación del Universo.

Por esto, después de haberos abierto los dos grandes manantiales de la verdad, la *Sagrada Escritura* y la *Tradición*, el COMPENDIO DEL CATECISMO os hace

(1) *De Retract.*, lib. I, cap. XIII, núm. 9.

(2) *De Catec. Rud.*, núm. 1.

estudiar desde luego á Dios y al hombre, del mismo modo que para conocer una familia empezamos por adquirir conocimiento con los padres y con los hijos, y luego procuramos investigar las relaciones que los unen. Elevándonos hasta el Cielo, contemplamos á Dios en sí mismo; después, bajando á la tierra, le miramos en sus obras y le consideramos en sus perfecciones adorables, donde se reflejan, como en un espejo, en todos los seres de la Creación. Todo nos anuncia su existencia, su unidad, su poder, su sabiduría y su bondad infinita. Después de haber exployado nuestra admiración en el magnífico espectáculo del Universo, al fijarla en el hombre, su obra maestra, nuestro pasmo llega á su colmo, porque es donde vemos más patente la mano de Dios. Le consideramos en su alma y en su cuerpo, y también en su destino en medio de las criaturas. Examinamos en seguida los lazos y las relaciones que le unen con su Dios, su Criador y su Padre.

Veréis á Adán y Eva, completamente felices en tanto que son fieles á la Religión, perder su felicidad y ser presa de todas las miserias desde el momento en que, rebelándose contra su Criador y su Padre, quebrantan la sociedad santa que tenían con Él. Con todo, Dios, lleno de misericordia, no abandona á sus hijos: promete al hombre un Reparador de su falta que restablecerá el lazo sagrado y le devolverá con usura los bienes que ha perdido. Creer en este Reparador, esperar en Él, amarle, unir sus acciones y sus oraciones á sus méritos futuros, será en adelante para el hombre la condición indispensable de su salvación.

Está decretado, sin embargo, en los consejos de la Sabiduría eterna que este Reparador no vendrá á la tierra sino después de una larga sucesión de siglos. Entretanto, Dios tiene cuidado de mantener en los espíritus el recuerdo de un gran Libertador por medio de multitud de *figuras*, de *promesas* y de *profe-*

cias. Todos anuncian ó dan sus señales de una manera tan precisa, que es imposible al hombre, á menos de una ceguedad voluntaria, dudar que había de venir ó dejar de conocerle cuando haya venido.

Descorremos ante vuestros ojos todas estas admirables figuras, todas estas promesas y todas estas profecías, mostrando el cumplimiento de ellas consumado en nuestro Señor Jesucristo. Os explicamos en seguida de qué manera Dios *prepara* los espíritus á recibir el Mesías, y cómo, por la sucesión de los cuatro grandes imperios asirio, persa, griego y romano, dispone todos los medios al establecimiento rápido de su Reino eterno.

De esta hermosa historia resulta, de una manera tan clara como la luz del Sol, esta verdad fundamental: que *Jesucristo era el término de todos los acontecimientos del mundo antiguo, lo mismo que el tipo de todas las figuras y el objeto de todas las profecías*. Así es que el Hijo de Dios sólo ha venido á este mundo para salvarnos, de donde se sigue que la salvación del hombre por nuestro Señor Jesucristo ha sido el blanco de todos los designios de Dios y el centro á que vienen á parar todas las cosas en el orden de la naturaleza y en el de la gracia. ¿Hay acaso nada tan natural como manifestar gratitud y darnos idea elevada de nosotros mismos? Tal es la primera parte de este COMPENDIO.

La *segunda*, que empieza en la venida del Mesías, contiene la historia del Redentor y la explicación de su doctrina. Después de cuatro mil años de espera, el Hijo de Dios se digna hacerse Hombre. Quiere nacer, vivir y morir, no solamente á fin de expiar la iniquidad por medio de sus padecimientos, sino también para servirnos de modelo con sus ejemplos. Le iréis siguiendo paso á paso desde el pesebre hasta la cruz. Sus obras admirables, sus discursos, sus milagros, los misterios de su vida, de su muerte y de su resurrección os probarán á la vez que es Hombre,

pero hombre exceptuado de la corrupción del pecado; y que es Dios, pero Dios Salvador, cuyo pensamiento único fué librarnos del mal, y después de la muerte ponernos en estado de llegar á alcanzar una felicidad completa, sin mezcla de pesares y sin fin. Su vida tan santa os ha sido presentada como el modelo obligado de la vuestra en todas las edades y en todas las posiciones sociales; porque ha dicho: *Os he dado el ejemplo á fin de enseñaros á hacer lo que Yo he hecho* (1). Y en otra parte: *Soy el camino, la verdad y la vida* (2).

Antes de acompañarle al Cielo, cuya entrada va á abrirnos, le pedimos qué es lo que debemos hacer para subir tras Él. Os lo dirá, explicándoos Él mismo su doctrina durante los cuarenta días que separan su Resurrección de su Ascensión. Hijos degradados del primer Adán, aprenderéis que, para volver á conquistar vuestra dignidad perdida, es preciso hacerse hijos del segundo Adán, uniéndoos á Él de manera que llevéis en vosotros mismos la imagen del hombre celestial, como habéis llevado la del hombre terrenal. Por tanto, las tres condiciones de esta unión divina son: la Fe, la Esperanza y la Caridad. Á estas tres grandes virtudes se refieren toda la doctrina cristiana y toda la política ó buen orden de la salvación.

La Fe os es explicada en sí misma y en sus cualidades, después de su objeto, que es el Símbolo. Creyendo con docilidad los diversos artículos que le componen, unís vuestro espíritu al del nuevo Adán, y sus pensamientos vienen á ser los vuestros. Veréis que debéis á la Fe este corto número de verdades fundamentales, que os ilustran y os libran de todos los errores groseros, de todas las supersticiones ver-

(1) Joan. XIII, 15.

(2) Ibid. XIV, 6.

gonzosas y crueles, que deshonraron á los paganos y que degradan más ó menos todavía á todos los pueblos y á todos los hombres no católicos. Aprenderéis con esto á mantener vuestra fe en el fondo de vuestros corazones, á profesarla con santo orgullo y con fidelidad constante.

La Esperanza continúa vuestra unión con Dios, empezada por la fe. Aprenderéis también á conocer esta virtud en sí misma y en sus cualidades; después en su objeto, que es la gracia en este mundo y la gloria en el otro. Vendrán en seguida los dos grandes medios de obtener la gracia: la oración y los Sacramentos. La Esperanza se os presentará como una fuerza bienhechora, que elevando nuestra voluntad por cima de los bienes pasajeros de la vida, coloca á Dios, y los nuevos cielos, y la nueva tierra de la eternidad, y los medios de adquirirlos, en cabeza de todos nuestros deseos y de todas nuestras empresas. Como reina llena de inmortalidad, ennoblece todos los pensamientos del hombre, le sostiene en sus combates y le consuela en sus dolores.

Vivas acciones de gracias saldrán naturalmente de vuestro corazón en favor del Dios que os ha dado la esperanza: deprecaciones no menos vivas saldrán de vuestros labios para moverle á que os la conserve y la devuelva á aquellos que han tenido la desgracia de perderla.

La Caridad corona la obra de la salvación consumando nuestra unión con el segundo Adán. En efecto, según la expresión de San Bernardo, la Fe dice: Dios ha preparado bienes inefables á sus fieles; la Esperanza dice: Me están reservados; la Caridad dice: Corro á tomar posesión de ellos (1). Viene en seguida el objeto de la caridad: Dios y el hombre; que no debemos amar solamente de boca y con pa-

(1) *Serm. LXXXIII in Cantic.*

labras, sino de verdad y por medio de nuestras obras. *La caridad de Dios*, dice el apóstol San Juan, *consiste en observar sus mandamientos, y sus mandamientos no son de difícil ejecución* (1). Aquí se coloca, pues, naturalmente el Decálogo seguido de los mandamientos de la Iglesia.

Adoptándolo por regla de vuestras acciones y de vuestros deseos, unís el vuestro al corazón del nuevo Adán: su voluntad viene á ser la vuestra y el Decálogo se os presenta como un beneficio inmenso. Él ha cambiado la faz del mundo; á él debéis no ser esclavos de las pasiones personales y extrañas, que convierten á los paganos en tan miserables y tan viles, y que aun hoy día hacen tan desgraciados y despreciables á todos los hombres y á todos los pueblos que no toman el Decálogo por base de su legislación y por regla de su conducta.

Después de haberos explicado las condiciones y la excelencia de vuestra unión con el nuevo Adán, sólo resta señalaros las causas que la alteran y destruyen; las pasiones y el pecado. Luego se indican los medios preservativos de este único mal: las virtudes contrarias á las inclinaciones corrompidas del corazón humano. Todas estas inclinaciones os enseñarán no sólo á conocer, sino á bendecir, amar y practicar durante toda vuestra vida esta divina Religión, á la que el mundo es deudor de cuanto tuvo, tiene y tendrá de ilustración, de virtudes, de afecciones, de instituciones bienhechoras y de leyes equitativas, y, por consiguiente, de gloria y de felicidad. Como veis, esta segunda parte del CATECISMO ofrece un interés muy grande.

La tercera no es menos propia para mover vuestra piadosa curiosidad. Empieza por la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Con los pescadores

(1) I Joan. V, 3.

galileos salimos del cenáculo, y asistimos al espectáculo de la naciente Iglesia. Veréis de un lado la vieja sociedad pagana, enteramente desfigurada y llena de crímenes, oponerse con la rabia de la desesperación al establecimiento de la sociedad nueva. Aquí os haremos conocer las costumbres del mundo antiguo y las de los primeros cristianos, vuestros padres en la fe. En esta lucha á muerte de todo el poder romano contra algunos hombres del pueblo, veréis brillar, como el Sol, el milagro que ha hecho triunfar el débil del fuerte, y las víctimas de sus verdugos. Sostenida por la mano de Dios, la Iglesia, vuestra madre, marcha á través de las hogueras y de los cadalsos á la conquista del mundo, disipando sobre su paso las tinieblas del paganismo, purificando las costumbres, sustituyendo al derecho brutal del más fuerte la amable ley de la caridad universal, y, después de tres siglos de combate, subiendo victoriosa en el trono de Constantino.

La conservación de la Iglesia no es menos milagrosa que su fundación; porque los terribles asaltos del mundo y del demonio continúan en todos los siglos. Las persecuciones sangrientas, las herejías, los escándalos vendrán unos tras otros á atacar la Religión; pero Dios vela por ella desde lo alto del Cielo.

Á los *tiranos*, que tratan de ahogarla en la sangre de sus discípulos, opone los *mártires*, y su sangre derramada se transforma en semilla de nuevos cristianos.

Á los *herejes*, cuyo objeto es alterar el depósito de la fe, opone los *Concilios*, *grandes Doctores*, ú *Órdenes religiosos* que, confundiendo á los novadores, aseguran el triunfo de la verdad.

Á los *escándalos*, que tienden á destruir la santa moral del Evangelio, opone el brillante ejemplo de las virtudes contrarias en las personas de las *santas víctimas*, alguna vez en las *Órdenes religiosos enteras*,

que expían el escándalo y mantienen la pureza de las costumbres.

En fin, la herejía y el escándalo atraen sobre las naciones calamidades, pestes, guerras, azotes de diferentes géneros; Dios opone á estas calamidades *Santos* ú *Órdenes religiosos*, que se desvelan por el alivio de todas las miserias humanas.

Así es como nuestro Señor ha provisto á la conservación de su obra, *contra la cual jamás prevalecerán las puertas del infierno* (1). Esto no le bastó aún á su Autor; y subiendo al Cielo el Hijo de Dios, que descendió de él para salvar al género humano, ordenó que su Religión fuese predicada por todo el Universo: *Id, enseñad á todas las naciones* (2). De ahí resultaron las misiones. Hallaréis, pues, en esta tercera parte del Catecismo la historia de las principales misiones desde el establecimiento de la Iglesia hasta nuestros días. Esta historia, tan propia á excitar vuestra curiosidad, os hará conocer primeramente la felicidad de haber nacido en el seno de la verdadera religión, y en segundo lugar os enseñará que Dios apaga la antorcha del Evangelio á los pueblos que se hacen indignos, y que la transporta á otras naciones; de manera que la Iglesia gana siempre de un lado lo que pierde del otro. Esta conducta, á propósito para llenarnos de temor, os hará visible la Providencia que vela sobre la Religión, y tomaréis la resolución de vivir tan cristianamente, que jamás merezcáis perder el dón precioso de la fe.

La tercera parte del Catecismo os ofrece aún otra ventaja. Así como la primera os ha puesto en relación con los Patriarcas, los Profetas y los justos de la Ley antigua, del mismo modo ésta os hace conocer y entrar en relación con los Apóstoles, los Már-

(1) Matth. XVI, 18.

(2) Ibid. XXVIII, 19.

tires, los principales Santos de la nueva alianza y vuestros padres y modelos en la fe. Tal vez han llegado con frecuencia á vuestros oídos en las instrucciones pastorales sus nombres ilustres, y los habéis leído en libros piadosos; pero su vida, tan interesante desde todos los puntos de vista, la ignoráis aún: mas al terminar el estudio de esta tercera parte del Catecismo, la sabréis también.

La *cuarta* no os es menos útil, y, como esperamos, no os será menos agradable. El culto exterior, esto es, la verdad admirable de las ceremonias de la Religión, las fiestas de la Iglesia, el origen, la historia, la explicación, la armonía de todas estas cosas con las necesidades de nuestra doble naturaleza corporal y espiritual, pasará ante vuestros ojos semejante á una magnífica galería de cuadros en los que están pintados los dogmas últimos y los deberes de que la Religión se compone. Os parecerá como un libro que, por medio de cosas sensibles, eleva nuestro débil espíritu á la inteligencia de las cosas espirituales.

El culto católico es un monumento auténtico de los hechos consumados. No hay una de nuestras ceremonias ó de nuestras festividades que no resuma y recuerde á las generaciones actuales tal ó cual acontecimiento del que fueron testigos las generaciones pasadas. Así veréis cuán venerables son por su origen, su significación y por su uso los ritos sagrados que, hasta hoy día, han sido para vosotros una letra muerta, una lengua desconocida. El estudio que de ellos haréis, no solamente os hará más respetuosos, más firmes en la fe, más circunspectos en vuestros juicios sobre las prácticas de la Iglesia, sino que os hará apreciar también en su justo valor las burlas sacrílegas de los malos cristianos.

En cuanto á vosotros, quedará demostrado que la impiedad, que acusa y acoge con irónica sonrisa los ritos y las ceremonias de la Iglesia, sea cuales

fueren, es la prueba sin réplica de la ignorancia y el sello de la medianía. Pero lo que sobre todo aprenderéis á admirar es la sucesión de nuestras fiestas cristianas y su perfecta armonía con las estaciones y nuestras necesidades. La Iglesia, como asistida del Espíritu Santo, ha sabido representar y traer á la memoria en la división del año ó calendario toda la historia del género humano, y conmovió sucesivamente todas las fibras de nuestro corazón.

Las cuatro semanas de Adviento, que preceden á la Natividad del Salvador, nos recuerdan los cuatro mil años durante los cuales fué esperado este divino Mesías. Entonces todo nos publica fe, esperanza, penitencia: únicas virtudes que pueden abrir las puertas de nuestro corazón al divino Niño.

El tiempo que transcurre desde Natividad hasta la fiesta de Pentecostés nos revela la vida privada, pública y gloriosa del Redentor, y esta parte del año termina por la Ascensión de Jesucristo en el Cielo y la fundación de la Iglesia. ¡Cuánta ternura y cuán grande amor no inspira en el alma del cristiano fiel la sucesión de los grandes misterios que se celebran durante esta época!

En fin, el tiempo que media desde Pentecostés hasta la fiesta de Todos los Santos, nos representa la peregrinación de la Iglesia sobre la tierra; y esta nueva parte del año se termina aún por la fiesta del Cielo, la fiesta de nuestros amigos y de nuestros hermanos ya glorificados. ¡Cuánto celo deben inspirarnos, ya el valor de los Mártires y las virtudes de los demás Santos, ya los combates de nuestra Santa Madre la Iglesia, cuya memoria nos representa esta parte del año! El Cielo, cuya fiesta celebramos hacia el fin del año eclesiástico, os dice que él sólo debe ser el blanco de todos vuestros trabajos: que este pensamiento elevado debe dominar todas vuestras afecciones y orientar todos vuestros pasos: ¿conocéis acaso enseñanza más útil?

Por último, en una lección final, que os abre los umbrales de la eternidad, veremos el fin admirable á que la Religión nos conduce. El Cielo se nos representará como el complemento de todos los deseos y aspiraciones legítimas del hombre, sea con relación á su cuerpo, sea respecto á su alma. ¡Ojalá pueda este pensamiento sostener hasta el último momento vuestros pasos, poco afirmados todavía en el camino de la virtud, que es, aun en esta vida, el único que conduce á la felicidad!

Así, en este COMPENDIO DEL CATECISMO DE PERSEVERANCIA, la salvación del hombre por nuestro Señor Jesucristo, *que era ayer, que es hoy y que será en todos los siglos de los siglos* (1), se os presenta como el objeto de todos los pensamientos de Dios, el fin de todos los acontecimientos del mundo, como la última palabra de todas las cosas. Aquí tenéis de qué manera os enseñamos, según San Agustín, la *letra* y el sentido de la Religión.

Pero vosotros debéis trabajar sobre todo por comprender el *espíritu* de esta *letra* y hacerla vivir en vosotros. El espíritu de la Religión es la caridad. Dios nos ama; ahí tenéis la explicación de todo cuanto ha hecho desde el principio del mundo por salvar al hombre y de todo lo que hará para glorificarle durante la eternidad. En reconocimiento de tan grande amor, Dios quiere que le amemos más que todas las cosas, y á vuestro prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios. ¿Es esto demasiado? Á esto se reducen la Ley, los Profetas, el Evangelio, la enseñanza y la doctrina de la Iglesia. ¿No es verdad, hijos de Dios, que amaréis á un Padre tan bueno, y amaréis también á todos los hombres, vuestros hermanos, como hijos de Dios, lo mismo que vosotros, como vosotros, vivas imágenes

(1) Hebr. XIII, 8.

suyas, como vosotros los herederos de su Reino? Amad, amad así, á fin de que vuestra caridad sea igualmente católica que vuestra fe.

Á vosotros, hijos míos, que ya estáis sentados á la Mesa santa, se dirige este COMPENDIO. ¡Oh, por favor, no le desdenéis! Escuchad la voz de vuestra razón, que os dice que las instrucciones religiosas que han precedido á vuestra primera comunión no podrían ser suficientes: eran enseñanzas muy elementales, que la flaqueza de vuestro entendimiento os impidió comprender muchas veces, y que con frecuencia la ligereza é inconstancia de vuestra edad os privó de retener. Como vosotros, fui niño, y la experiencia mía se junta á la vuestra en confirmación de esta verdad.

Y luego, el triste siglo en que debe cumplirse vuestra existencia, la tibieza general de la fe, los escándalos sin cuento que os rodean, las seductoras ocasiones de pecar que os aguardan, las máximas venenosas que se vierten por todas partes, ¿no hacen, por ventura, del profundo estudio de la Religión un deber sagrado hoy más que nunca?

En fin, ¿os diré, á vosotros todavía jóvenes, á vosotros que os acarician mil sueños de felicidad, que hay más de una espina en el camino de la vida? Días llegarán, tristes y nebulosos, que os harán verter lágrimas y os destrozarán el corazón de dolor. La muerte de vuestros padres y de vuestros amigos, la pérdida de intereses y no sé cuántas más contrariedades y miserias harán de vuestra vida una continuada cruz: por más que sean lastimeros vuestros ayes, os veréis forzosamente tendidos y clavados en este lecho de penas. Entonces los hombres se alejarán de vosotros; porque, recordadlo bien, á los hombres no les gusta ver sufrir; y además, impotentes como son, ¿qué alivio real podrían prestaros? En vuestras aflicciones y angustias, ¿hacia quién dirigís vuestros ojos arrasados en lágrimas?

¡Ah!, una Madre consoladora es la que entonces oirá vuestros gemidos, la que tiene el poder y la voluntad de endulzar todas vuestras penas; es la hija amable del cielo, la Religión divina en el seno de la cual habéis nacido. Madre tierna, única, vendrá á sonreiros en medio de vuestros sufrimientos; ella sola sostendrá vuestro valor; solamente ella podrá daros un poco de alegría entre tantos disgustos, y ella únicamente reemplazará vuestras engañosas esperanzas por infalibles promesas de gloria y de inmortalidad. Mas, si la Religión es para vosotros una extranjera, si la conocéis apenas, si la amáis aún menos, ¿qué podéis esperar de ella? Pues, lo repito, si ahora no la conocéis lo bastante, y si dejáis de estudiarla, dentro de pocos años la ignoraréis completamente.

Hijos míos, creedme; cuando os digo todas estas cosas no os engaño ni me engaño. En la esperanza de que un día vuestra experiencia vendrá á justificar mis palabras, aceptad, entretanto, como prueba de mi amistad previsora este COMPENDIO DEL CATECISMO DE PERSEVERANCIA que hoy os ofrezco. Puede asegurar vuestra felicidad; porque os dará una enseñanza conveniente y os inspirará, así lo espero, un amor constante hacia la Religión, cuyo apoyo os es tan necesario.

Mas, trabajando por vosotros, que habéis sido ya los dichosos convidados de vuestro Dios, no hemos olvidado á los pequeños viajeros que os siguen en el camino de la vida. Jóvenes inteligencias, que se abren á la luz de la verdad como la tierna flor á los primeros rayos del Sol, reclaman una nutrición proporcionada á su debilidad. Les hemos ofrecido un pequeño COMPENDIO de la obra que hoy publicamos. Apropiado á su tierna edad, basta para darles una primera noción del conjunto del Cristianismo. Después de su primera comunión se instruirán en este COMPENDIO, y más tarde podrán completar su ins-

trucción religiosa leyendo la obra grande ó voluminosa (1). De este modo toda la educación se verificará sobre un plan uniforme y por el desenvolvimiento progresivo de la misma idea.

Nadie hay que no comprenda cuán á propósito es para facilitar el estudio de nuestras verdades santas esta manera de enseñar la Religión, dando de ellas un conocimiento profundo, y sobre todo grabándolas hondamente en la memoria. Este pequeño COMPENDIO podría ocupar el lugar ó sustituir el Catecismo de Fleury, que se hace estudiar simultáneamente en las clases con el Catecismo diocesano. ¡Quiera el Dios de los niños bendecir este nuevo trabajo emprendido para gloria suya y para la salvación de esos ángeles de la tierra, á quienes el divino Maestro decía, estrechándolos contra su corazón: *Dejad que vengan á Mí los niños: á ellos pertenece el Reino de los cielos* (2).

(1) El *Catecismo de Perseverancia*, 8 vol. en 8.º

(2) Matth. XIX, 14.

